

EL PASEO

Antón no paraba de dar vueltas a la habitación, nervioso y pensando que hacer. Su hermana Marta y sus sobrinos Alex y Marina no paraban de mirar para él. Hacía dos horas que había llamado a la puerta el párroco del pueblo trayendo malas noticias. Antón estaba acusado de rojo y dos números de la Guardia Civil venían a darle “El Paseo”. En el pueblo ya había pasado otras veces, desde que empezara la guerra, tras el fallido golpe de estado contra la II República, que los del tricornio a medianoche se presentaban en el domicilio de alguien y le sacaban a dar un paseo, del cual nunca volvían.

Su hermana le había insistido que marchara ahora antes de que llegaran, que se escondiera en lo más profundo del bosque y que ella les diría que había emigrado a Argentina como tantos paisanos al empezar la Guerra Civil. Pero él tenía miedo, un miedo atroz, no de lo que le pudieran hacer a su hermana, ni de que lo encontraran y acabaran con su vida de dos disparos. ¡No! , tenía miedo de adentrarse en el bosque, único lugar en el que se podría esconder a estas alturas. Su madre le había prevenido desde que era niño de lo que se podría encontrar en las encrucijadas del bosque si se le ocurría entrar cuando ya reinaba la oscuridad.

Antón paro de caminar y le pidió consejo con la mirada a su hermana.

- Tienes que marchar, vete y escóndete en el bosque hasta el amanecer, mañana le pediremos consejo al párroco, ¡él nos ayudará!- le dijo desesperadamente su hermana.

- Dime, ¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me meta en el bosque ahora? ¿Y si me cruzo con ellos?

- Los Guardias aún están a una hora de aquí, no te cruzaras con ellos, además oirás sus caballos.- contestó Marta, aunque sabía que no era con los Guardias con quién su hermano tenía miedo a cruzarse, pero era un tema que quería evitar delante de sus hijos pequeños.

- Sabes que no hablé de ellos.- dijo Antón – recuerda todas las historias que nos contaba Madre. Y si me cruzo con ellos porque vienen a reclamar un alma.

Antón miró para sus sobrinos y observó que estaban perplejos ante sus palabras. Ellos no entendían muy bien porque unos señores querían asesinar a su tío, pero aún menos que este tuviera miedo a adentrarse en el bosque. Alex, el mayor de sus sobrinos, aunque sólo contaba con 11 años de edad, lo miró fijamente y preguntó algo que estaba deseando, a sabiendas de que no le gustaría la respuesta:

-Tío, ¿a qué tienes miedo en el bosque? ¿Quiénes son esos que reclaman almas?

Antón puso la vista en su hermana, que esta con la mirada le suplicaba que no contara esa historia a los niños, con la cuál su difunta madre había machacado a su hermano y a ella tantas y tantas veces. Marta no creía esas historias, con las que su madre estaba obsesionada, pero su hermano sí.

Antón se sentó en el sillón que había en la habitación, carraspeó para aclararse la garganta y se hizo un silencio sepulcral.

-Ya sois mayores para saber lo que os voy a contar, así sabréis a que os enfrentáis si algún día os lo cruzáis, ¡Dios no lo quiera!- dijo este mientras se hacía la Santa Señal- Os contaré la historia de La Santa Compañía.

LA HISTORIA DE LA SANTA COMPAÑA

La santa Compañía está formada por almas en pena vestidas con túnicas blancas con capuchas que vagan toda la noche. Una procesión fantasmal envuelta en sudarios y con los pies descubiertos. Cada fantasma lleva una vela encendida en sus manos. Al frente de esta compañía de muertos siempre va Estadea, el espectro más horroroso y atroz de todos, dicen que algunos sin verlo, con tan sólo notar su presencia han fallecido, muchos son los que cuentan que el mismo Satanás lo desterró de su lado por miedo.

La procesión va encabeza por un vivo que porta una cruz y un caldero lleno de agua bendita, seguido por Estadea y las ánimas. El humano que realiza esta cruel función no recuerda por el día lo ocurrido por la noche. No se les permite descansar ninguna noche por lo que su salud se va debilitando hasta enfermar, sin que nadie sepa las causas de tal misterio mal. Son condenados a vagar noche tras noche hasta morir o hasta que otro incauto se cruce con ellos y decidan que sea el nuevo portador de tal semejante castigo.

Pero no todos los mortales son capaces de ver con sus ojos a la Santa Compañía, sólo las personas que de niños fueron bautizadas por el sacerdote, por error, con óleo de los difuntos pueden ver a las ánimas en pena. Los demás notarán su presencia en el olor a cera en el aire y el viento que se levanta al paso de la procesión y únicamente verán al humano condenado a abrir la compañía.

El más absoluto silencio reinaba en la sala. Los niños se movían incómodos por la historia que acababan de oír de boca de su tío. Antón se levanto del sofá y se acercó a la ventana. Miró fijamente a través de ella. En realidad no centraba su vista en nada,

valoraba sus posibilidades. Si se quedaba en casa pronto dos agentes le sacarían a dar su último paseo, le darían una muerte rápida con dos tiros en la cabeza. De lo contrario, si escapaba y se adentraba en el bosque, no sabría lo que podría pasarle. Y si las historias que había escuchado desde su más tierna infancia eran sólo eso, ¡historias! Además en caso de encontrarse con las ánimas en pena, él sabía que las vería, ya que su madre había engañado al sacerdote para que bautizara a todos sus hijos con óleo de los difuntos para que estos, si llegaba el momento, estuvieran preparados. Si era así, quizás se podría esconder y pasar desapercibido. Por su cabeza pasaban todo tipo de opciones, el tiempo se le estaba echando encima. ¡Tomó una decisión!, de pronto dejó de creer en fantasmas, su instinto de supervivencia le ayudó. Sabía que si se quedaba donde estaba sólo le esperaba una muerte injusta por pensar de manera distinta al Caudillo que gobernaba con mano de hierro el país. Cogió un macuto con algo de comida, agua y un poco de ropa. Le dijo unas palabras a su hermana y besó a sus sobrinos. Abrió la puerta y se fue caminando.

Recorrió el camino de arena que había a la salida de su casa, unos quinientos metros, hasta el punto en que este se bifurcó en dos. Un lado seguía hasta el pueblo, el otro se adentraba en el bosque. Cogió el segundo. En este reinaba un absoluto silencio, era una noche tranquila, no soplaban ni lo más mínimo el viento, escuchándose únicamente sus pasos sobre la flora del bosque. A ambos lados del camino se alzaban espectacularmente árboles de toda clase. Aunque unos instantes antes su única preocupación era que no lo ejecutaran, ahora sólo se repetía, a sí mismo, una y otra vez, “que los fantasmas no existían”, “que los fantasmas no existan”. Se escuchó un ulular de un búho que lo sobresaltó. Le pareció que todo se oscurecía y que las ramas de los árboles se estiraban para cogerlo. El corazón le latía muy fuerte. Llegó a una

encrucijada y se detuvo unos instantes para tomar la decisión de que camino debía seguir. Metió la mano en su bolsillo sacando un cigarro liado y una caja de cerillas. Lo encendió y le dio una profunda calada mientras pensaba por donde debía continuar su fuga de la muerte. Pasaron unos minutos cuando oyó el ruido de los cascos de los caballos sobre el suelo y la voz de los agentes que le gritaban:

-¡Rojo, ni un paso más o abrimos fuego!

A dos metros de él se encontraban los dos guardias, encima de sus caballos. Vestían con el uniforme reglamentario verde y de sus hombros colgaba una capa que le llegaba hasta el tobillo. En su cabeza portaban un tricornio negro. Ambos hombres lo apuntaban con un mosquetón. En ese momento Antón se dio cuenta de que la luz del cigarrillo que sostenía entre sus dedos, índice y corazón, había delatado su posición. Su muerte estaba cerca. Los dos guardias se bajaron de sus respectivas monturas, sin sacarle la vista de encima. Sabía que al más mínimo movimiento lo convertirían en un colador. No se movió.

-¡Cabo!, coja al traidor, cúbrale los ojos y até sus manos. Acabemos ya con esto.- dijo el mayor de los dos.

-A la orden, mi sargento- respondió el joven mientras se acercaba a Antón.

El cabo lo agarró por un brazo firmemente y se lo retorció obligándole a darse media vuelta y caer de rodillas. Antón no murmuró palabra, ni para pedir clemencia ni para dar ninguna explicación, mientras su futuro asesino le cubría los ojos con una cinta negra. Arrodillado, con sus manos atadas a su espalda y exhausto sólo pensaba en que quería que acabaran cuanto antes. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando sintió como el cañón de una pistola tocaba su cabeza.

-¡Pero que coño es eso!- oyó en el momento en que pensaba que lo siguiente que iba a escuchar era el sonido de la pistola poniendo fin a todo- ¡Alto ahí!

Seguía arrodillado, escuchaba como ambos agentes abrían fuego contra algo o alguien. Habían distraído su atención de él. ¡Gritaban!. Gritaban de miedo y dolor. Algo atroz les estaba sucediendo. El silencio volvió al bosque. No se escuchaban ni disparos ni gritos. Antón aunque seguía arrodillado y con los ojos cubiertos sabía perfectamente que los que iban a ser sus asesinos yacían muertos a su lado. Quizás no había visto nada, y daba gracias a Dios por ello, pero entendió desde un primer momento lo que acababa de ocurrir. Lo empezó a entender cuando un fuerte viento se levantó, como por arte de magia, en una noche calmada y sus peores miedos se hicieron realidad en el instante que un fuerte olor a cera impregnaba todo el ambiente. Ahí estaban ellos, notaba su presencia. Los dos guardias, desconocedores de la leyenda, dispararon al ver ante ellos un hombre, en un estado paupérrimo, que portaba una cruz de grandes dimensiones a sus espaldas. Abrieron fuego por miedo, al darle muerte al iniciador de la procesión, las ánimas no habían tenido piedad.

Habían pasado tres meses desde que Marta había encontrado a su hermano en el suelo inconsciente a unos metros de casa, al día siguiente de su escapada. Nadie sabía que había pasado realmente esa noche en el bosque y Antón no se acordaba de nada. Muchas eran las teorías, desde que los guardias habían desistido en su busca o hasta que se habían peleado entre ellos dándose muerte el uno al otro. La verdad es que no se sabía nada de ellos. Ahora ella miraba a través de la ventana como estacionaba delante

de su casa el único coche, un SEAT 1400, que había en todo el pueblo. El médico bajo veloz de su utilitario y la saludo mientras le abría la puerta.

-¿Qué tal sigue nuestro Antón?- pregunto el doctor mientras accedía al domicilio.

-Muy mal, doctor. Desde que volvió vivo del “paseo” todo va a peor. Sigue perdiendo peso día tras día. ¿Encontrará cura para esta enfermedad? ¿Sabe qué es lo que le pasa a mi hermano?

-Su hermano vivió una dura experiencia al tener que escaparse y esconderse. La presión a la que se vio sometido posiblemente le hizo caer en una profunda depresión. Lo intentaremos recuperar pero será muy duro.

Ambos entraron en la habitación donde Antón intentaba descansar tumbado en la cama. Estaba muy delgado y pálido. Había perdido mucho peso y parecía más muerto que vivo. El doctor lo oscultó y le hizo unas preguntas que este contestaba con mucho esfuerzo, tenía tan pocas fuerzas que hasta le costaba articular una palabra. Mientras le estaba examinando, para poder dar algún diagnóstico, noto como alguien le daba un par de tirones de su gabardina negra para llamar su atención. A su lado vio a la sobrina pequeña del paciente. No tenía más de siete años y era todo inocencia. Le echo una sonrisa y le preguntó:

-Dime pequeña, ¿qué es lo que te ocurre?

-No hace falta que examine a mi tío señor. Él morirá-contestó tajantemente la pequeña dejándolo atónito- Mi tío no está enfermo. Lo que pasa es que lleva meses sin descansar porque Estadea lo ha reclamado para que abra la procesión de la Santa Compañía.